

# HISTORIA DE AOS III

## BITÁCORA DE AERON



ADRIÁN TRUJILLO MARRERO

PRÓLOGO + CAPÍTULO I

## PRÓLOGO

Las tres bestias danzaban,  
tierra, mar y cielo  
de su ira no escapa  
ni el más brillante caballero.

De la grava surgió la calamidad,  
del agua el oleaje de alta mar,  
del cielo la perdición.

Quien azotó la Edad de los Keshian  
en guerra de polvo y arena,  
de dolor y pena.

Quien azotó la Edad de las Bestias  
en conflicto de espuma embravecida,  
en agua y sal.

Quien azotó la Edad de los Mitos  
con vientos huracanados  
y hervidas bocanadas.

Así son las tres bestias  
que danzaron en su día,  
tierra, mar y cielo  
de su ira no escapaban.

1  
PUERTO AVERY  
Dexter

No era la primera vez que el *Army* atracaba en uno de los grandes muelles de la cara sureste de Ilavery, en Puerto Avery, y desde luego tampoco era la primera vez que el capitán Dexter Avente ponía sus botas de piel sobre aquellos húmedos tablones, colocados allí hacía demasiados otoños para recordarlos. Como si hiciera falta hacerlo.

En aquella parte del mundo, en aquella isla del Mar Solar, —o Thu Ralos, como se conocían aquellas aguas en la Antigua lengua—, próxima al Mar de las Calamidades donde se decía que aún habitaban los nogardos que otrora asolaron el mundo, Ilavery se alzaba con sus altos riscos escarpados, murallas naturales aún infranqueables incluso para la furia de las olas, la sal y la espuma. Un bastión natural al tiempo que un refugio concedido por deidades de tiempos remotos.

La situación de Ilavery, tanto en economía y comercio, como en posición en aquel punto del mar, la convertían en la isla más importante para los arahaks de todo el Thu Ralos. Al encontrarse en un punto tan alejado de la isla central, el Ark Eg'd Thu de Ilmarce, la institución que gobernaba de un modo oficial Da Res Thu, estaba libre de su influjo, y gracias a eso, los arahaks, grandes navegantes libres de los mares al margen de leyes y normas, encontraban Ilavery como un refugio, un «hogar» al que podían volver a llorar y festejar. Era, así, el mayor enclave arahak de todo Eg'd Aeron.

Puerto Avery se había convertido, sin duda, en el puerto mayor de Ilavery. Allí se desarrollaban la inmensa mayoría de los negocios de la isla y, por supuesto, era su zona de mayores ingresos. Como era frecuentado por arahaks, la variedad de negocios no era especialmente amplia tráfico de mercancías, contrabando, contratos al margen de la ley... Prácticamente todos se de dicaban a lo mismo, y una vez se estrechaban las manos en firmes tratos cuya entereza radicaba en el honor entre salvajes del mar, el mismo tipo de establecimiento, salpicando todas las costas de aquel peñasco remoto, dedicaba a su habitual clientela el esperado servicio, con mayor o menor calidad, de mayor o menor coste.

En definitiva, había tugurios para todos los bolsillos.

No era todo, por supuesto. La inmensa avenida de roca que hacía de fuerte contra la furia de las aguas, y a la vez de enlace con los muelles de madera húmeda, atravesaba contorneando los límites de la isla, custodiados por cientos de tabernas y antros de toda índole, por negocios de tasadores de elementos más o menos respetables, vendedores, compradores e intercambiadores de objetos de loable o dudosa procedencia y, por supuesto, burdeles de aromas exquisitos o de olores rancios.

Todos los arahaks que pasaban por allí hacían una escapada obligatoria a alguno de esos sitios. Las tripulaciones más pobres y menos poderosas, por fuerza, asistían a los negocios que ofrecían menos calidad por menor precio, y las más poderosas, a los lugares más respetables, aunque, a decir verdad, en Puerto Avery no había un solo lugar que pudiera enorgullecerse de tal apelativo, y si lo había, ese era el burdel *Lady Layana*.

Quien daba nombre al local era su dueña, Layana, una mujer hermosa de generosas caderas. Tenía a su mando a más de treinta prostitutas, todas ellas bellas, juguetonas y especialmente bien dotadas, obedientes como no había otras. Las señoritas de *Lady Layana* tenían la fama de que sabían hacer absolutamente de todo, desde las posturas más exóticas para hacer a un hombre —o mujer— viajar a lugares inexplorados, hasta los más exquisitos licores de toda la isla para embriagar a los viajeros, aunque según la opinión popular, era mejor que se dedicaran solo a lo primero.

En definitiva, *Lady Layana* era esa clase de lugar que visitarías con el fin de llegar a un destino que ni los pasos ni una quilla surcando las olas sería capaz de alcanzar.

Sin embargo, *Lady Layana* no solo era un templo de éxtasis, sino también un hervidero de chismorreos y, por ello, el lugar que todo el mundo quería visitar ondeando la bandera del desespero. En un mundo como el que les había tocado vivir, los susurros que traen la brisa significan ventaja, poder, dinero. Por eso Layana había conseguido enseñar a sus muchachas. Retenían la información que a base de caricias y gemidos arrancaban a su fogosa clientela, la guardaban con celo y se la transmitían a ella. Solo si lo consideraba oportuno, cuando la información, oro en su estado más impuro, traía consigo el preciado dorado, les ordenaba filtrar pequeños ramalazos de conocimiento.

Había aprendido a jugar sus cartas, como exigía una buena partida de cracs. Siempre que un arahak tuviera dinero suficiente, sus chicas estarían dispuestas a satisfacerlo. Y a escuchar lo que tuvieran que decir.

Dexter Avente era de esos arahaks con una acentuada profundidad de bolsillos, riquezas suficientes para costearse los servicios de las mujeres de *Lady Layana*, y también para que toda su tripulación —salvo los pocos a los que les tocaba guardia en el *Army*— pudiera pasar una noche gloriosa.

Dexter irrumpió en *Lady Layana* con una sonrisa y un laúd a su espalda, con la mirada seria de docenas de marineros de relativo buen aspecto clavadas en él. Algunas caras las conocía, y otras, o le sonaban o simplemente no las había visto en su vida, pero le resultaba indiferente. Observó a las mujeres que acompañaban a la inmensa mayoría de los hombres, y casi todas ellas le devolvieron una mirada cargada de sorpresa. Supo que todas estaban deseando saltar sobre él como si fuera un viejo amigo, con la intención de que les narrara alguna aventura, que les cantara al son de su instrumento canciones de tierras remotas como habitualmente hacía, pero las chicas sabían controlarse: mientras estuvieran trabajando, nada de festejos.

Detrás de él fueron entrando uno a uno todos sus hombres, envueltos en un halo de emoción. Tach, el segundo de a bordo y el hombre más corpulento de la tripulación, entró después del contramaestre Klank, quien lucía orgulloso más otoños que la mayoría y, después de este, su hijo Harper. Johnny, el cocinero, entraba bromeando con él, y los demás se habían quedado atrás discutiendo con un grupo de alborotadores que afirmaban que *Lady Layana* era el peor tugurio de la isla, aunque lo disfrazaran de coños afeitados y perfumes baratos. A la tripulación del *Army* no le gustaba esa clase de difamaciones contra aquel establecimiento, no solo porque les gustaba sobremanera, sino porque era, además, el hogar de la mejor amiga del capitán Dexter: la propia Layana.

—Los chicos se van a liar a botellazos ahí fuera —le susurró Tach, levemente preocupado. Tuvo que agacharse un poco para alcanzar desde su altura el oído de Dexter—. ¿Les digo que se comporten?

—Son buenos chicos, viejo bribón —contestó el capitán, sacudiendo la mano con desdén. En el gesto, su casaca negra ondeó al viento—. Deja que defiendan el orgullo de este lugar.

—Si rajan a alguno más te vale coserlos tú.

—Descuida, no pasará nada. Deja que disfruten.

En cuanto una de las chicas que estaba libre dio el primer berrido de emoción al ver nuevamente a Tach, Layana salió acto seguido y se sonrojó en cuanto Dexter depositó en ella su mirada más arrebatadora. Siempre había tenido labia con todo el mundo, hombres y mujeres por igual, humanos y snoraks, pero era una labia trabajada y forzada. No obstante, con Layana aquel falso talento que poseía se convertía en su encanto natural, y de sus labios solo eran capaces de brotar las dulces palabras que cualquiera le dedicaría a alguien en quien confía de corazón.

—¡Dexter! ¡Por todos los todos los Dioses del Camino! —exclamó ella con una nada fingida sonrisa mientras se acercaba con parsimonia. Al igual que a él, la verborrea fingida se diluía en su presencia como las monedas en el zurrón de un tabernero en noches de celebración—. ¿Cuánto hace desde la última vez que te presentaste en mi pequeño hogar de niñas?

—Más tiempo del que me gustaría haber estado sin venir. —Hizo una pausa para que sus compañeros de tripulación saludaran a Layana con una sonrisa y un suave asentimiento de cabeza mientras ella no dejaba de sonreír. Era innegable que Layana, si no era la más hermosa del local, poseía una presencia impecable. Cualquiera desearía dejarse embelesar por sus palabras melosas, por el jugueteo de entrepiernas que ofrecería su experiencia, pero sus marineros sabían lo que era el respeto y hacían gala de él—. Pero aquí estamos de nuevo.

—¿Qué buenas nos traéis? —preguntó haciéndole señas a una mujer de pecho generoso y caderas anchas. Con una presteza digna de envidia, la joven corrió hasta una mesa cuadrangular, pasó un trapo húmedo por su superficie y los invitó con señas a tomar asiento—. ¿Alguna novedad?

—¿Además de la Segunda Gran Guerra que hubo en Eg'd Eron hace casi un otoño? —preguntó Johnny casi sin mirarla, con los ojos descansando en las tetas comprimidas por el corsé de la mujer que trabajaba afanosamente para limpiar la mesa.

—Ademá., he oído rumores del Gran Desierto de Shonen.

—Nosotros también los hemos oído. Grandes tormentas asolando las imponentes ciudades de Eg'd Ireon, una reyerta de esclavos alucinante en Ilhomen y los salvajes de Egereg invadiendo las arenas del este como si de ello dependieran sus vidas, como si llevaran toda su existencia esperando esa

oportunidad —enumeró Tach—. ¡Incluso dicen que Ciudad Origen cayó víctima de esas tormentas!

—Sí, son los rumores que he escuchado yo también, aunque a mí no me han hablado de tormentas, sino de una «maldición» —dijo la palabra como con miedo, como si creyera en esa clase de poderes oscuros, pero solo era una artimaña para hacer que a Dexter se le ablandara un poco más el corazón y se le arrimara con gesto protector. El joven capitán sonrió, conociéndola, y solo le dio un suave toquecito en la frente con el índice.

—Bravilrow —informó Dexter, haciendo un gesto con una mano para evadir el tema de los acontecimientos de Eg'd Ireon. Poco le importaba al arahak lo que sucediera en las calurosas Tierras del Este. Mientras dejaba su laúd a un lado de la silla en la que se acababa de sentar, dos de las chicas que había libres se acercaron para ofrecerles la última delicia destilada de la casa en jarras de hierro frío.

—¿Esa es la novedad? ¿Otra vez ese miserable? —preguntó Layana casi escupiendo. Odiaba a Bravilrow con bastantes ganas y, desde que había oído que era rival acérrimo de Dexter, le había prohibido la entrada a él y a toda su tripulación a su local, una jugada poco inteligente, según el propio Dexter, pues saber qué se traía entre manos siempre era una ventaja con la que le gustaba jugar. Pese a ello, Layana se mantenía firme en su decisión.

Dexter asintió, pero esbozó restándole hierro al asunto. Bravilrow era un hombre que se había criado con Dexter, al igual que Parjyl, en Ilyura, una isla al sur de Ilavery. Desde pequeños siempre habían sido buenos amigos, muy íntimos, y habían tenido el mismo sueño. Pero eso había cambiado cuando Dexter abandonó la isla para hacerse a la mar sin su compañía. Había surcado las aguas de barco en barco hasta los astilleros de Nai en Eg'd Eron hacía unos cuantos otoños, y allí adquirió un navío junto a sus compañeros, el barco que hoy por hoy llevaba el nombre de *Aryy*.

Pronto Dexter comenzó a ganar poder y mucha influencia en el Thu Ralos hasta conseguir hacerse con el título de Amenaza del Thu Ralos entre los arahaks, y una de las Tres Amenazas de Eg'd Aeron, según lo había bautizado el Ark Eg'd Thu. Desde entonces, era la tripulación más fuerte e influyente del Mar Lunar, y como tal, muchos navíos arahaks lo respetaban, otros lo temían y todos, absolutamente todos, lo envidiaban.

Sin embargo, Bravilrow también se había hecho a la mar poco después bajo su propio navío, y era de los pocos arahaks que no solo se atrevían a no respetarlo, sino que tampoco lo temían. En el último viaje, a menos de un día de llegar a Ilavery, Bravilrow les había dado caza, y antes de que pudieran parlamentar habían abierto fuego. Sin embargo, el *Army* no recibió daño alguno gracias a su capitán, y el navío de Bravilrow, el *Evetsy*, había recibido los cañonazos suficientes en el lado de estribor y en la arbolada como para no poder moverse en unos días, al menos, hasta que consiguieran reparar los daños, y sin siquiera iniciar un abordaje, el *Army* les había dejado atrás con sus problemas, algo que no llegó a hacer demasiada gracia a su tripulación. ¿Un navío nos ataca, los hacemos fracasar y no les damos una lección? ¿Qué clase de Amenaza era, pues, el *Army*?

Tach y el contramaestre Klank sabían que, si hubiera sido otra tripulación, hubieran asaltado la cubierta y saqueado todo el botín que poseyeran, pero como era la de Bravilrow, Dexter Avente tenía claro que, aunque era ahora su enemigo, también sabía que su capitán había sido su amigo y compañero durante toda su vida, y no deseaba agravar más aún los conflictos con alguien a quien apreciaba, aunque ese alguien deseara su declive y su destrucción desde lo más profundo de sus entrañas.

—Lo odia —le había dicho Harper a su padre cuando el *Army* se alejaba de sus atacantes—. Bravilrow lo odia. Nos ataca, pretende hacerle daño al capitán. Si un día fueron amigos, desde luego ya no lo son. ¿Por qué no se defiende?

—Nunca cuestiones el odio que se profesan dos hombres que un día fueron hermanos —fue la única y seca respuesta que obtuvo del contramaestre.

El primer conflicto de la noche en *Lady Layana* fue cuando Johnny dio un buen trago a uno de aquellos licores y pensó en voz alta, después de varias jarras, que el sabor era simplemente repugnante, y que eran mejores los alcoholes de los Navíos del Licor que circunnavegaban las aguas de Eg'd Aeron. Era una verdad. Eso todo el mundo lo sabía: las putas eran exquisitas, pero el alcohol dejaba mucho que desear. Sin embargo, todo el que entraba allí conocía el detalle, y por respeto a las mujeres y a la propia Layana, mantenían a raya esos comentarios. Pronto, arahaks de otras tripulaciones se alzaron, enervados por los brebajes, dando golpes en la mesa.



—¡Discúlpate con las chicas, puto infeliz! —le gritó uno de ellos de barba poblada y bandana en la cabeza.

—¡Te vamos a partir la cara para que respetes! —gruñeron otros dos, al fondo.

—¡Aquí os espero! —les respondió él, poniéndose de pie con tambaleante verticalidad sobre una de las sillas, con un puño cerrado en gesto peleón y una jarra en la otra en evidente borrachera—. ¡Venid a por mí, bravucones!

Layana sacudió la cabeza, sabiendo que no sería ni la primera ni la última vez que vería a Johnny hacer algo así, y miró a Dexter para que hiciera algo al respecto. Este se encogió de hombros con una sonrisa en los labios, al tiempo que alzaba ambas cejas.

Antes de que llegaran a las manos, Layana se acercó a Johnny, le arreó una patada a la silla y cayó al suelo. Lo levantó dándole un tirón de orejas tan fuerte que a punto estuvo de arrancársela de cuajo. Johnny gritó y antes de pedir explicaciones, Layana le pidió que o se disculpaba con todos, especialmente con sus niñas, o tendría que marcharse esa noche con la vergüenza pintada en la cara. El cocinero agachó la cabeza, pidió disculpas a regañadientes y se sentó, sabiendo que era mejor pasar la noche allí que en la calle o en otro burdel asqueroso.

—¿Sabrás comportarte?

—Sí, señora —gruñó por lo bajo, sin dejar de apretar la copa, de la que se había derramado la mitad del contenido.

Todos rieron y pronto Johnny recuperó su color habitual cuando una de las chicas, a una seña de Layana, le pidió que la acompañara arriba, a una de las habitaciones, y este se marchó entre vítores y aplausos mientras los demás seguían enfrascados en su comida, en el alcohol y la buena compañía, mientras echaban partidas rápidas de cracs.

—¿Hay algo más que valga la pena comentar? —preguntó Layana, que había cogido un taburete y se había sentado junto a ellos, entre Dexter y Tach.

—¡Que estamos hasta los cojones de Joei Ray! —exclamó Harper después de ganar su tercera partida consecutiva. El hijo de Klank era sencillamente imparable en ese juego.

—¿Y quién no? —gruñó Tach.

—La verdad es que debería controlarse un poco más. —La voz rasgada de Klank resonó como un susurro cavernoso. Tenía la voz reventada de vociferar órdenes a diestro y siniestro sobre la cubierta del *Arny*, y el consumo intenso de alcohol no había servido para mejorar esa ronquera tan característica—. Es la Amenaza del Thu Raselet, el Mar Estelar, pero se comporta como si fuera la primera vez que comanda su propio navío.

—¿Sigue saltándose las Rutas de Navegación?

—De nada sirven los acuerdos náuticos con ese hombre. Tom Shakor es mejor en eso. Es un hombre serio, que respeta los tratados de los arahaks de no invadir los mares de otros, pero Joei Ray simplemente se pasa por el culo cualquier convenio —comentó Tach mientras hacía un esfuerzo sobrehumano en hablar y preparar su siguiente jugada de cracs que ya avanzaba hasta la cuarta victoria consecutiva de Harper—. Cuesta creer que sea tan poderoso en el Thu Raselet.

—¿Cuál fue su último movimiento?

—Hizo una visita a Ilruay, pero solo momentánea. Exigió oro y comida, y luego se volvió a sus dominios —comentó Dexter mientras sacaba su laúd, señal inequívoca para que Layana se pusiera en marcha—. Un día deberíamos hacerles una visita a sus dominios, para que escarmiente.

—No es mala idea, pero no me apetece guerrear con ese malnacido. Por muy cabrón que sea, es duro en combate.

—Yo también —comentó Harper, lanzando su última carta—. Vuelvo a ganar.

—Paso de esta mierda. No hay manera. —Tach se reclinó en la silla, rascándose la cabeza—. Seguro que el día que decidamos ir a por él nos será más fácil de derrotar que a este desgraciado en este maldito juego.

—Pero ese día no será hoy, amigo —rio Dexter.

—Desde luego que no. —Antes de que Dexter pulsara los primeros acordes, un momento que muchos esperaban mirando de reojo, Layana lo sujetó del pañuelo rojo que siempre llevaba alrededor del cuello, medio cubierto por su larga melena lisa color marrón, y tiró de él. El capitán del *Arny* trastabilló, recuperó el equilibrio, se colgó el laúd a la espalda y desapareció escaleras arriba entre los vítores de los otros marineros de su tripulación, que acababan de irrumpir en el local en el momento justo,

algunos con rasguños sangrantes y otros muchos amoratados por las golpizas y el barro.

Una vez arriba, Layana lo condujo hasta su habitación, la más amplia e iluminada de todas las del burdel, con una cama grande muy mullida y llena de secretos. Cerró la puerta tras de sí, tal y como hacía siempre que cruzaban aquel umbral. Lo bueno empezaba entonces: se lanzaban envueltos en lujuria frenética al colchón de plumas. Se desnudaban y entrelazaban miradas, cruzaban besos e intercambiaban embestidas cuando la danza comenzaba al son de una música silenciosa, el laúd arrojado a un lado con cuidado, sus cuerdas tensas e inmóviles.

Layana había sido prostituta hacía bastantes otoños, por lo menos ocho, cuando aún tenía doce, y había aprendido muchos trucos durante ese tiempo de horror en que era manoseada por guarros y enfermos. Nunca tuvo la opción de elegir y eso acabó por convertirla en dura piedra.

Cuatro otoños después había alzado *Lady Layana*, después de que un grupo de arahaks destruyera el burdel en el que trabajaba, y se había consagrado como el local más famoso de Puerto Avery. Sin embargo, ella se había alejado del sexo por dinero, se preocupaba porque sus chicas fueran adultas, que tuvieran capacidad de decisión, las cuidaba. Y ella se reservaba solo para aquellos que lo merecieran de verdad. Y desde entonces, solo había conocido a una sola persona que fuera digno de tal honor.

Cuando se hallaron completamente exhaustos decidieron hacer un alto. Layana se levantó después de recobrar el aliento y se aproximó hasta un aparador. De allí sacó una botella grande de vidrio oscuro y vertió su contenido en dos copas de cristal con bordes de oro. El líquido cayó fresco y llenó la capacidad hasta casi rebosar. Le tendió una a Dexter y este la cogió con suavidad. La agitó un poco sin derramar una gota y bajó la mitad de un trago después de hacerla chocar con la de Layana.

—Esto no es de tus chicas —observó Dexter—. Ni siquiera tuyo.

—¡Qué observador! —ironizó, desnuda al borde de la cama—. Es de uno de los Navíos del Licor. Atracó aquí hace unos dos días. Pedí un par de botellas para estos casos.

—Está exquisito. ¿Kix?

—Del mejor. —Layana se terminó la copa y vertió un poco más de kix en ella—. Oye, Dexter. Tú y yo... ¿Qué somos?

—Nada —respondió Dexter sonriendo—. Siempre la misma pregunta después de una buena follada.

—Siempre la misma respuesta. Estaría genial que un día te decidieras a darme una distinta. —Pese a ello, Layana rio, conforme—. Mis chicas han escuchado algunas cosillas últimamente. Parece interesante. ¿Te apetece una aventurilla?

—Depende. ¿Qué hay que ganar?

—Eso no lo sé —confesó mientras se vestía—. Solo te cuento lo que sé, que no es poco. Partlea lo escuchó de un hombre de la tripulación de Arestén. Al parecer encontraron algo interesante hace poco.

—¿Arestén? —Había escuchado ese nombre bastante a menudo durante los dos últimos ciclos, y todos eran rumores de lo más fortuitos para esa tripulación: objetos hallados, tesoros interesantes... Y todo ello en sus aguas, en el Thu Ralos. En apenas dos ciclos habían pasado de ser una tripulación inadvertida a ser conocida por sus constantes hallazgos, un aumento de su influencia nada despreciable.

—Sí. ¿Te suena?

—Un poco. ¿Qué tienes?

—Ese hombre mencionó que su capitán tenía en su poder un mapa que marcaba la ubicación de un tesoro sumergido en la cara sur de la isla de Ilmériada. Las aguas allí son claras y limpias, y lo más importante, son poco profundas. Si se lanzaran dos buenos nadadores y ataran con cabos o cadenas lo que hubiera en esa ubicación, fácilmente podrían sacarlo a flote.

Dexter entrecerró los ojos, en silencio. Pintaba interesante. Lo meditaría, pero por ahora le diría a Layana lo que esperaba escuchar.

—Ese botín será nuestro —dijo al fin, mientras se ponía los calzones y se calzaba las botas de piel—. Podemos llegar a Ilmériada rápidamente. Los vientos son favorables.

—Para ti siempre son favorables. —Layana sonrió—. ¿No lo piensas comentar con la tripulación?

—Lo haré mañana, cuando estemos en cubierta, prestos a zarpar.

—¿No temes que te den una negativa?

—¿Qué arahak que se precie le daría la negativa a una oportunidad de oro? —Dexter le plantó un beso en los labios. Luego recogió su laúd—. Ha sido una buena noche. Te lo agradezco.

—¿Cuándo no lo son conmigo?

Dexter sonrió y cerró la puerta de la habitación en cuanto salió de ella, dejando a Layana sentada al borde de la cama. Bajó las escaleras y vio a Tach echando un pulso con Harper en compensación por no haberle podido ganar ni una vez a cracs, y como resultado, Tach se alzaba con la victoria. Ahora que su segundo de a bordo estaba satisfecho, con el dorso de la mano de Harper destrozado contra la mesa, las cuentas habían quedado saldadas. Johnny hacía rato que había desaparecido y ya lo daban por dormido, y Klank bebía como un cosaco sin hacerle ascos a ninguna bebida que le pusieran por delante.

El capitán admiró la fortaleza y la resistencia que tenía Klank al alcohol, pero sabía que, si seguía filtrando de aquella manera, antes la aurora perdería la consciencia con la jarra aún en la boca, y no podía permitir que su contraмаestre alcanzase tal estado de embriaguez.

—Klank.

—¿Capitán?

—Ve a por Johnny.

—Debe estar follando. Déjalo estar.

—Ambos lo conocemos. Sabiendo la resistencia que tiene, ahora mismo debe estar durmiendo como un tronco. Despiértalo y arrástralo al *Ary* si hace falta. Nos vamos.

El contraмаestre enarcó una ceja. Acababan de llegar. ¿Por qué irse tan pronto? Pese a ello no objetó nada, apuró el contenido de su jarra y se perdió escaleras arriba.

Los demás tripulantes a su mando lo saludaron como buenamente pudieron bajo el alcohol y el éxtasis de estar en tan buena compañía, y algunos incluso lo vitorearon por haber probado nuevamente del «Coño Prohibido», el nombre que le habían asignado a Layana para burlarse amistosamente de él. A Dexter le costaba reír aquella broma, y muchas veces los había amonestado por ello, pero ninguno lo hacía con intención alguna más allá de hacerlo rabiarse. Les gruñó por lo bajo algo ininteligible y se aclaró la garganta.

—Harper. Dejo en tus manos que estos delincuentes regresen al barco tan pronto terminen.

—¿Nos iremos tan pronto?

—Eso parece. Te dejo a cargo. Que nadie destroz nada.

Hubo quejas de la tripulación, pero murieron al poco. De nada servían, pues sabían que si no obedecían los dejarían en tierra, así que todos acabaron con sus copas, terminaron sus comidas y corrieron en compañía uno tras otro a desfogarse antes de que el navío levantara anclas.

Tach fue el único que desanduvo junto a Dexter el camino de vuelta. Era de madrugada, aunque el sol no había desaparecido en toda la noche, como era propio en el Thu Ralos. En el Mar Solar jamás se hacía de noche, y la única evidencia de que lo era radicaba en el cielo, que se tornaba un poco más oscuro, pero el sol nunca los abandonaba. En el Thu Runal sucedía exactamente lo mismo, pero al revés, por lo que había recibido el nombre de Mar Lunar. Y el Mar Estelar, o Thu Raselet, las aguas que dominaba Joei Ray, era simplemente una conjunción de ambos mares, con la diferencia de que justo en el centro, una extensa línea de estrellas segmentaba el cielo y separaba la noche del día. Puestos a elegir, el Thu Raselet era el más bello de Da Res Thu, o esa era la percepción de Dexter, pero a él nadie le había dado a elegir.

Durante el trayecto, ninguno de los dos habló. A Tach le gustaba el silencio cuando estaba paseando. Dexter, por el contrario, sentía un afán por el intercambio de palabras, por la charla. Algunos decían que le encantaba escuchar su propia voz, y aunque no era del todo falso —como le sucedía a la inmensa mayoría de esos bardos de tres al cuarto que salpicaban las Tierras del Norte—, lo cierto es que no le tenía demasiada simpatía al silencio, aunque ello no quitara que, de vez en cuando, la quietud sosegara su alma.

Esa noche, sin embargo, no quiso llenar el vacío acústico que los rodeaba. Era una buena noche, si podía llamarse así, sin brisa, en calma. Y más allá de los berridos y los alaridos que los espectáculos de antro dejaban escapar de sus paredes, la paz era, en cierto modo, sobrecogedora.

Su garganta solo dejó escapar un par de palabras cuando llegaron al borde justo de la proa, desprovista de mascarón pese a la imperante moda marinera, un detalle escultórico que siempre se le había antojado grotesco.

—Vigila que nadie se quede atrás, amigo. Mañana por la mañana zarparemos, y me gustaría que estuviéramos todos.

—¿No eras tú el que había puesto la norma de «el que no esté al momento acordado se queda en tierra»? —bromeó Tach.

—Sí, pero ambos sabemos que no soy tan cabrón. —Dexter rio y Tach lo secundó.

—Sí, tienes razón. Comprobaré que nadie se quede atrás. Harper también le echará un ojo a los demás, ¿no? —Dexter asintió—. Pues entonces dime una cosa, ¿por qué tan pronto? ¿No íbamos a quedarnos dos o tres días?

—Aquí solo hay alcohol y coños húmedos.

—Layana te ha contado algo, ¿no es eso? ¿Qué hay allá a donde planeas ir?

—Oro, espero. Mucho oro...

—... para comprar más alcohol y coños húmedos, ¿no? —Dexter se limitó a sonreír—. ¿Hay más detalles?

—Para cuando estemos todos y ya estemos mar adentro. —Dexter soltó una carcajada y se descolgó el laúd con intenciones de tocarlo. Cruzó la pasarela que conectaba el muelle con la cubierta—. Aquí, hasta las montañas tienen oídos. Vigila que nadie falte, o me enfadaré.

—Sí, mi capitán —contestó Tach con diversión, mientras Dexter volvía al interior de su castillo de popa acompañado por la suave melodía que arrancaba de su laúd al acariciar sus cuerdas, una dulce melodía que cualquiera sería capaz de disfrutar, y muchos otros incapaces de apreciar.